»iniciar á los espíritus sencillos de los adolescentes, en »voluptuosidades asquerosas y convertís vuestras pa»rroquias en casas de prostitución y de infamia, donde »educáis niños y doncellas conforme á vuestro gusto y »reveláis á vuestros amigos los secretos de estos nue»vos serrallos! ¿No he oído yo mismo, cómo cierto cu»ra se alaba ante unos infames eclesiásticos de jugar, »votar, beber y fornicar (palabra bíblica) mejor que »ninguno de ellos?»

Oliver Maillard se explicaba así.» Veo abades, sacer»dotes y hasta prelados que acumulan tesoros sobre »tesoros; veo cómo la sotana, el sayal y el palio entran »de día y de noche en los lupanares á fin de entregar»se al escándalo; canónigos y clérigos que ocupan ele»vados puestos dirigen por sí mismos estas casas de »prostitución, venden licores y comercian en sociedad »con mujeres de vida airada. Conozco un obispo que »todas las noches se hace servir la cena por jóvenes »enteramente desnudas, que son ó no vírgenes, para »que se le abra el apetito; sé de otro que tiene un se»rrallo de niñas de poca edad, á las que llama prosti»tutas en ciernes, y cuando este prelado necesita de »ellas para sus vergonzosas voluptuosidades, hace so»nar su bolsa llena de oro, á cuyo rumor se atrae este »rebaño..... etc., etc.»

No acabaríamos si nos propusiéramos referir cuanto, en orden á la prostitución sacerdotal, pasaba en aquellos desgraciados tiempos; hoy enfrenados los fariseos católicos por el ejemplo de los ministros reformados, aparentan ser mejores, siguiendo el tradicional consejo episcopal *si non caste caute* y son peores que aquellos, porque añaden á su probervial prostitución, la más refinada hipocresía. ¡Alerta esposos, alerta jefes de familia, porque la sotana *tanquan leo rugiens quære quen devore...* ¡Hé aquí los santos del *Partido Clerical.*

OBLIGACION DE TESTAR Y OTROS ROBOS.

No hay una sola página en la repugnante historia de la religión romana, en la cual un hombre honrado pueda fijar su vista sin apartarla luego indignado, por la interminable cadena de crímenes que forman su contenido, desde el alfa hasta la omega de cada uno de los muchos volúmenes que la encierran; crímenes cometidos, tolerados ó autorizados por los Papas, siempre que éstos han podido reportar alguna utilidad á la silla romana.

Como no desesperamos de encontrar un asunto que nos ofrezca la esperanza de merecer una contestación razonada, que hasta hoy no hemos podido alcanzar, ya fuera de algún alto dignatario que, como son altos, deben ser sabios, ó de sus polinches que no deben serlo menos; revolviendo páginas de un lado á otro nos hemos fijado, para que nos sirva de materia en esta carta, en la obligación impuesta por la clerigalla de hacer testamento, en cuyo precepto se verá una vez más que esa casta, aunque no cesa de repetir hipócritamente que todo su afán es la salvación de las almas, su verdadera y única ocupación no es otra que la de pillar, robar y saquear los bienes de todos cuantos desgraciadamente han tenido la desdicha de nacer en un país católico.

La razón de semejante exigencia, toda persona, fascinada por la hipocresía clerical, creería encontrarla en la piadosa compasión á que son acreedores los huérfanos y las viudas, pero se engañaría lastimosamente, porque semejante prevención tenía por objeto todo lo contrario, como lo acreditan de un modo muy claro y terminante las siguientes frases de un escritor contemporáneo: «*Nadie podía ser enterrado en lugar «santo si no dejaba un legado á la iglesia de la población «en que moría.*»

En el concilio de Narbona, celebrado el año de 1227, se decretó que todo el que muriera sin hacer testamento se considerara como muerto fuera de la Iglesia. El Papa Gregorio IX ordenó, conforme á este concilio, «que todos los testamentos á que no hu- «biera sido llamado un sacerdote, serían nulos, y que «el testador y el escribano fueran excomulgados.»

Este, como otros muchos abusos de los que el sacerdotaje ha hecho una ley, produjo inmensos tesoros á la Iglesia, es decir, al ejército de ladrones de estola que á sí mismos se han autorizado, con el beneplácito de los déspotas de los siglos de la ignorancia y superstición, y hoy aun por los gobiernos emanados del pueblo, que siendo como son ilustrados, permiten á la infame canalla que viva gozando de las delicias terrenales á expensas de su candorosa grey.

Esta injustificable corruptela ha sido una de las más difíciles de desarraigar, porque cuando alguno se negaba á dejar el tal legado en su testamento, el párroco fácilmente se avenía á que los herederos del finado hicieran un nuevo testamento á su nombre, instituyendo en él el legado en cuestión, que siempre debía ser proporcionado á la riqueza del difunto, y á lo cual los herederos se prestaban sin réplica, porque en aquellos tiempos de barbarie y fanatismo, era un grande des-

honor para las familias que un deudo suyo no estuviera sepultado en campo santo.

Los reyes y los parlamentos, refiere un historiador francés, levantaron su voz contra tan escandaloso abuso; pero el clero se obstinaba en conservar una mina tan rica y productiva, y á este propósito intentaron excomulgar á los magistrados; pero éstos, lejos de intimidarse con toros de petate, mandaron ocupar las rentas de todos los obispos, y los conminaron con fuertes multas. Entonces los ladrones mitrados se vieron obligados á renunciar á un derecho que jamás debieron tener, no sin haberse quejado al soberano ladrón, su amo; pero este recurso fué también estéril, porque el parlamento no hizo más aprecio de los rayos vaticanescos.

El obispo de París en 1572, previno á los curas de su diócesis que no diesen sepultura á los que hubieran fallecido sin hacer testamento; pero el parlamento prohibió luego á todos los curas de Francia negarse á sepultar los cadáveres, so pretexto de no haber hecho testamento.

La orgullosa é insolente canalla, que aún suponía que los pueblos no tenían aliento para quejarse á los tribunales contra los abusos de que habían sido víctimas, se llevó un tremendo chasco, y su avaricia se estrelló contra la enérgica resolución del parlamento francés, que abolió para siempre robo tan escandaloso y desvergonzado.

Quedó, no obstante, viva y lo está hasta hoy la captación; poderoso recurso de que se sirve admirablemente la garduña de bonete, procurando captarse la voluntad de los católicos acomodados, y muy particularmente de las viudas que se encuentran en este caso, burlando para ello las leyes prohibitivas, que siempre serán insuficientes mientras los gobiernos toleren, co-

mo hasta hoy, la inmoral, corruptora y disolvente práctica de la confesión auricular.

Hay para estos fulleros desvergonzados otro recurso no menos productivo y eficaz, entre los muchos medios ordinarios que emplean, para saquear á los creyentes con sus paparruchas, sin perjuicio de los extraordinarios que les dicta su inagotable fecundidad, como, por ejemplo, el de poner en contribución á todos los fanáticos de la República con el frívolo pretexto de la coronación de la virgen de Guadalupe, que ni necesita de la tal coronación, ni puede traer otras ventajas que las de rellenar las arcas clericales y fanatizar á los pueblos, que es otro de los fines que se proponen la jarandina de sotana para tentar la posibilidad de una cruzada contra el partido liberal; ¡pobres imbéciles que aún sueñan con los felices tiempos de las cruzadas! Pero nos hemos distraído porque hay digresiones inevitables. El medio de que hablábamos, es el terror que infunden los confesores á los moribundos, espantándoles con la eternidad de las penas del infierno con que Dios castiga á los réprobos, y cuya terrible calamidad les aguarda si no redimen sus pecados dejando una buena parte de sus bienes á la santa Iglesia, es decir, al cura; veamos ahora cuáles son los pecados redimibles con dinero, que tiene que dejarse á la Iglesia: es el 1º. y más grave que puede concebirse, haber protestado, sin restricción mental, cumplir y hacer cumplir la Constitución y leyes de Reforma; 2º. haber desamortizado bienes nacionalizados y no haber pagado la contenta al obispo de la diócesis; 3º. no haber pagado íntegros los diezmos; 4º. haber comerciado con el agio, en cuyo caso debe dejar, para salvarse, al menos una cuarta parte de su capital; y como estos pecados, todos aquellos que de algún modo pudieran lastimar los intereses de la iglesia. Arreglados los moribundos al gusto del

confesor, ya nada hay que hacer: el muerto se va al cielo sin pasar por las penas del purgatorio, á tocar por toda una eternidad un pito, una flauta ó un violonchelo, y en último caso, el bombo. ¡Qué tal! ¡Esto es delicioso! ¡Dejar de ser pecador para convertirse en músico eterno! *Omnia vincit pecunia.*

RASGOS BIOGRAFICOS DE SAN PIO V.

En esta carta, sin gastar tinta y papel en circunloquios, nos proponemos hacer una especie de boceto de uno de los santos que la Iglesia católica ha colocado en sus altares: queremos hablar de San Pío V. De este individuo dice la historia que era un joven de pobre cuna, pero de buen porte y excelente figura; que su mala situación lo obligó á entrar de pinche en la cocina de un convento de domínicos. El guardián de aquella comunidad, que era el más escandaloso, prendado de la figura del galopín, le hizo su mancebo y se encargó de su instrucción para disimular su asquerosa conducta.

El mancebo del guardián se hizo fraile, continuó su carrera, y algunos años más tarde fué nombrado comisario general del Santo Oficio encargado de atormentar, quemar vivos y robar á cuantos de algún modo podían estorbar en sus proyectos á la garduña clerical, cuando fueron reconocidas las notables cualidades que para semejante comisión eran necesarias, en el antiguo galopín.

Para dar una idea, aunque muy imperfecta, de la crueldad que abrigaban las entrañas de este santo bandido, nos bastará copiar algunas frases de las instrucciones que daba al comisario general de Venecia,

cuando aún no era papa. «Vuestra reverencia, decía, »tendrá siempre presente que la autoridad de que se »halla investido, tiene que ser impasible, inmutable, »inflexible como la justicia de Dios.

»Que esto sea la norma de vuestra conducta; torturad sin compasión, atenacead, destrozad sin misericordia, quemad despiadadamente á vuestro padre, á »vuestra madre, á vuestros hermanos y á vuestras »hermanas, si no se someten ciegamente á la iglesia »católica, apostólica, romana.

»Para el servicio interior de los calabozos tendréis »un conserje, dos porteros, un jefe de esbirros, seis »que hagan este oficio y 24 atormentadores; pero antes de iniciarlos en nuestros horribles misterios, los »haréis prestar el juramento prevenido.

»Pondréis á sueldo espías; nunca dudaréis de sus »acusaciones, y castigaréis á los que os indiquen, así »inocentes como culpables, toda vez que es mejor hacer morir á un inocente que dejar vivir á un culpable.»

El inquisidor Montalto, que era á quien se dirigía, cumplió tan perfectamente con las órdenes de su jefe, que, si no huye de Venecia como el inquisidor Lucero de España, hubiera tenido que hacer, contra su voluntad, un viaje más largo.

Tan luego como ocupó la silla pontificia, empleó toda su ferocidad en destruir á todos cuantos á la muerte de Pablo IV se habían mostrado sus enemigos; llenó las cárceles con todos los que no pudieron huir de tan cruel persecución y los ejecutó á todos; teniendo siempre la infernal complacencia de presenciar los tormentos que él mismo ordenaba se aplicaran á aquellos desgraciados. Este émulo de Nerón se hizo tan odioso y temible, que en pocos días había emigrado una tercera parte de los habitantes de la Ciudad Eterna.

No satisfecho este santo bandido con la carnicería que acababa de ejecutar, quiso continuarla en todos los países católicos contra los protestantes, empleando su infernal influencia por medio de sus legados, para con los soberanos como Felipe II, su hermana Margarita, regente de los Países Bajos, Carlos IX y su infame y digna madre Catalina de Médicis. Entonces se multiplicaron las quemazones en España, y los suplicios en los Países Bajos fueron tan numerosos, cuando el duque de Alba ocupó á Bruselas, que varios historiadores aseguran que hubo día en que, de la salida á la puesta del sol, fueron descuartizados y muertos en la rueda más de 600 desgraciados.

Tan espantosa persecución, promovida por este sanguinario pontífice, puso en armas á cuantos habían escapado á las crueldades del duque de Alba, y acaudillados por el príncipe de Orange, y el conde Luis de Nassau, su hermano, protegidos por Isabel de Inglaterra que odiaba al papa, y unidos á los reformados franceses á cuya cabeza se hallaban el príncipe de Condé y el almirante Coligny, comenzó una encarnizada lucha que atizaba constantemente el *santo* pontífice y ayudaba á Carlos IX con hombres y fuertes sumas.

En estas largas y sangrientas guerras promovidas y sostenidas por el anti-cristo de tiara, en el vario suceso de los combates había caído una gran cantidad de prisioneros reformados que guardaba el duque de Montmorency, lo cual, sabido por el papa, se indignó contra el Gral. Tavannes porque los había dejado con vida, y escribió luego á Carlos IX mandándole á nombre de Cristo que los mandase ahorcar. El infame Carlos dió orden á Montmorency para que fueran ejecutados; éste, no teniendo valor de ejecutar tan tiránica orden, entregó los prisioneros al jesuita Rabelot. «Este

«miserable, dice la historia, tuvo la crueldad de aplas-
«tar bajo sus piés niños de uuo y dos años, de hacer
«violar á las mujeres, que degollaba por sí mismo,
«miéntras que los soldados satisfacían sobre aquellas
«desgraciadas su execrable lujuria.»

Los historiadores católicos después de referir los desórdenes á que se entregó el pueblo en Amberes, dicen: «Así, no podemos menos que aplaudir los sermo-
«nes del franciscano Adriansen y repetir con él: sí, es
«necesario ahorcar, quemar, asar, degollar, hacer her-
«vir, estrangular, sepultar vivos á los infames herejes.
«es necesario abrir el vientre á sus mujeres y aplas-
«tar á sus hijos contra las paredes, á fin de extinguir
«por siempre esa execrable raza.» ¡Esta es la caridad clerical!

En fin, este santísimo bandido, intentó destruir de un solo golpe á todos los protestantes, y á éste propósito formó un complot con todos los soberanos católicos, para asesinar en un día, sin distinción de sexos ni edades, á todos los herejes. Maximiliano, emperador de Alemania, fué el único que se negó á entrar en esta espantosa conjuración, y esta negativa causó tan terrible cólera al manso Pío V, que fué la ocasión de su muerte; y la dicha de que hubiera desaparecido semejante mónstruo de sobre la tierra, hizo que el proyectado complot no se realizara más que en Francia, donde el día de San Bartolomé alumbró el sol cien mil cadáveres insepultos.

Hé aquí á San Pío V, uno de tantos criminales que han llevado la triple corona y que en vez de recibir culto en los altares católicos, debió pagar el menor de sus delitos en un cadalso.